

EL CUERPO TAMBIÉN CELEBRA

Antropológicamente el ser humano es una unidad. Más allá de que esté formado por alma-cuerpo, o por una parte física y otra psíquica, estos dos elementos o dimensiones—espiritual y material—no pueden separarse y pensar que actúan de modo independiente. Así, cuando entramos en relación con los demás, nuestra presencia física implica una entrega interior, o cuando recibimos una buena noticia que nos alegra el espíritu, también el cuerpo se carga de energía, o cuando el cuerpo está enfermo, el decaimiento afecta a nuestro estado de ánimo... De tal modo que en nuestra relación con Dios, en nuestra vida interior, en nuestra espiritualidad no puede quedar a un lado el cuerpo... Si somos un cuerpo espiritual o un espíritu corporal, ambas realidades deberán entrar en juego.

A este respecto siempre me ha llamado la atención cómo los judíos que rezan frente al muro de las lamentaciones, mueven su cuerpo mientras van recitando los textos bíblicos, porque también el cuerpo reza. A diferencia de cualquier cristiano que en una capilla permanece inmóvil durante un rato de oración personal.

Por tanto, si toda la persona entra en relación con Dios, deberemos decir que también el cuerpo celebra, que nuestra capacidad sensitiva no es prescindible en la liturgia. A pesar de la gran carga intelectual en clave teológico-magisterial que tienen nuestras celebraciones en sus textos eucológicos, que ocupan la mayor parte de la celebración, no podemos pasar por alto que todos nuestros sentidos tienen su lugar en la liturgia. Vista, gusto, oído, olfato, tacto están presentes en las celebraciones. Es por ello que hemos

querido dedicar un número de la revista a resaltar la corporalidad en la liturgia mostrando el papel de cada sentido en la celebración.

José Antonio GOÑI